

En cuanto á las obras de bibliografía general las había ya muy considerables antes del siglo xviii.

Para no hablar sino de las más recientes, unos veinte años antes de que pudiese manos á la obra el P. Nicéron, ya había publicado el P. Mestrier en Trevoux, en dos tomos, una *Biblioteca curiosa é instructiva de diversas obras antiguas y modernas, de la literatura y de las artes*. Hacia la misma época se publicaba en Magdeburgo en tres tomos en octavo una *Biblioteca nova librorum rariorum*.

Ya habían salido hacia fines del siglo diez y siete varias bibliografías, pero como lo hace observar tristemente el P. Nicéron, fueron los ingleses, los alemanes y los italianos los que las compusieron para las obras de su nación¹. En 1699 salió en Tréveris en seis tomos en octavo la *Bibliotheca novorum librorum collecta* de L. Neocorus y Henricus Sichijs; el mismo año, en Leipzig, el tratado curioso de Rod-Martin consagrado á la bibliografía de obras inéditas. Antonio Teissérius en 1686, Martinus Lipenius en 1685, Rud. Capellus en 1682; Math. Borthels el mismo año y Jo. Hallervordt en 1676 componen bibliotecas teológico-filosóficas ó político-geográficas; pero se publican en Francfort, en Hamburgo, en Venecia. En Francia se abandona este género de estudios. En medio del siglo xvii había habido un renacimiento bibliográfico; pero fué de corta duración. Sólo quedaron algunas obras que no fueron inútiles al siglo siguiente.

Se había fundado una especie de catálogo de la librería francesa durante los años de 1643, 1645. Fué la *Bibliographia Parisina* del R. P. Ludovicus Jacob. Volvió á salir en 1646, pero no se volvió á editar más que para los años 1650, 1652 y 1653. La *Bibliographia Parisina* se había convertido entonces en *Bibliographia gallica universalis, hoc est catalogus omnium librorum per universum Galliae regnum excursorum*.

Agreguemos la Biblioteca universal de Paul Boyer, que pertenece á la misma época (París 1649, dos tomos en 8º) y tendremos las principales obras que se podían consultar en el siglo xvii. No hablo de las antiguas colecciones anteriores á 1643; la gran biblioteca universal de Francfort (1625) que contiene el *Catálogo de todos los libros que se han publicado este siglo en las lenguas francesa, italiana, española y otras que son hoy comunes, desde el año 1500 hasta el año MDCXXIV*; ó el catálogo de Johannes Molanus, en Colonia, 1618. No nos remontaremos hasta el siglo diez y seis para nombrar á Conrado Gessner, pues sería esto hacer la historia de la bibliografía.

Atrajeron á los sabios estos estudios en el siglo diez y ocho. Era una

1. Por entonces tuvo España en este ramo un hombre eminentísimo, D. Nicolás Antonio, bibliógrafo sevillano muerto en 1694, el cual elevó un verdadero monumento á la ciencia, á la literatura y á la bibliografía españolas. (N. del T.)

ocupación intelectual propia para aquella época que era más crítica que creadora.

Burette en 1748, Le Boucher en 1749 y Formey en 1756 tratan la cuestión de la casificación y la composición de las bibliotecas. En 1750 empieza David Clement su *Biblioteca curiosa, histórica y crítica ó Catálogo razonado de los libros difíciles de encontrar*. Hacia la misma época emprendieron dos religiosos la tarea de formar un catálogo analítico, uno de una biblioteca universal, y el otro de una biblioteca exclusivamente francesa. Fueron el R. P. Nicéron y después de él el abate Goujet.

La idea de una biblioteca universal ó francesa había provocado ya trabajos bibliográficos antes del siglo xviii. Desde el siglo xvi, Alejo Venegas de Busto, Conrado Gesner, Florián Triffer, La Croix du Maine, Mutio Pansa, Arias Montano¹ y el señor de La Roche habían trabajado en reunir en un conjunto armoniosa y claramente reunido los principales libros compuestos desde el siglo anterior. En aquel momento era aún posible hacer un estado general de todas las riquezas bibliográficas de la época. Aquellos estudios no fueron abandonados en el siglo siguiente: ocuparon á Enrique Dupuy, á Naudé, al sabio bibliotecario de Mazarino, al P. Pedro Blanchot, á Daniel Heinsius, á le Gallois, al P. Garnier, al ilustre Baillet. En el siglo xviii Gabriel Martin, tan sabio librero como ingenioso clasificador, acababa de publicar un hermoso sistema de biblioteca (1725) y había redactado Langlet Dufresnoy el prospecto de una bibliografía que nunca había de publicarse.

Encontrábase pues el P. Nicéron con el terreno ya preparado. Nacido en París el 11 de marzo de 1685, entró muy joven en la Congregación de los bernabitas de la que formaba parte su tío. Profesó la retórica, las humanidades y, cosa digna de notarse, las lenguas vivas. Tradujo varias obras inglesas y poseía la clave de casi todas las literaturas conocidas, antiguas y modernas.

Hasta 1716 había profesado en provincias en Loches y Montargis donde permaneció seis años. De regreso en París obtuvo algún éxito en el púlpito; pero se entregó sobre todo al trabajo de las letras. El trabajo acortó sus días y murió en 1738 á los cincuenta y tres años después de una carrera muy honrosa.

Había reunido materiales considerables sobre la vida y las obras de gran número de escritores.

En 1729 salió el primer tomo de sus *Memorias para la historia de los hombres ilustres de la república de las letras*. Fué su objeto dar á conocer en la medida de lo posible todas las obras de algún valor com-

1. Muchos más nombres de españoles notables en la ciencia de los libros se podrían citar en aquella época gloriosa para nosotros, en que había ministros como el cardenal Cisneros que en vez de emplear las rentas del Estado en pensionar parásitos adúladores y en convertir á la nación en merienda de parientes y paniaguados fundaba la Universidad, protegía á los sabios y literatos y trabajaba por la gloria y honra de España. (N. del T.)

puestas desde el Renacimiento. En cuanto á los antiguos están bastante mal representados en esta galería. Algunas palabras acerca de Tácito, de Plinio, de Tito Livio constituyen un escaso inventario de las riquezas literarias de la antigüedad.

En cambio, hay en su colección gran número de obras extranjeras. « No he creído dice, deber preocuparme únicamente de los franceses. Todos los sabios, cualquiera que sea su patria, tendrán cabida en estas *Memorias*. No es una biblioteca nacional, es una biblioteca universal. »

Es fácil darse cuenta á priori de que este objeto era demasiado vasto para poder ser realizado de un modo suficiente: los cuarenta y tres tomos que lo componen no comprenden sino 1600 artículos. ¡ Mil seiscientos títulos citados desde el siglo trece (pues hasta él se remonta) en todas las lenguas y todas las naciones! Es en verdad bastante poco, sobre todo si se piensa que el autor omite de intento los autores conocidos, los que llevan nombres tan respetables que son inútiles con respecto á ellos todo detalle y todo elogio. Se mantiene en la esfera de los talentos medianos ó de las medianías, es decir en una esfera en que la cantidad reemplaza la calidad.

El método del autor ha sido carecer de él, y esto de intento. « Hubiera sido bastante inútil observar algún orden en una obra que, como ésta, está compuesta de varias partes que no tienen la menor relación entre sí; la cantidad de documentos que poseo sobre cada autor es la única razón que me hace colocarlo antes ó después. » No se puede tomar mayor libertad.

Hizo primero treinta tomos. En aquel momento se dió cuenta el P. Nicéron de que carecía su obra de limpidez. Tomó entonces el partido que hubiera debido tomar treinta tomos antes: clasificó á sus autores por orden alfabético. Por lo demás se ingenió para enmendar su falta. Las tablas alfabéticas, necrológicas, de materias, etc. aumentan en cada nueva publicación y llenan los doce ó trece últimos tomos sin añadir mucha claridad á la obra.

Bajo estas apariencias algo informes, esta obra es un tesoro para los bibliófilos.

El P. Nicéron ha conocido y hojeado muchas ediciones y las cita todas. Como habla con frecuencia de personajes bastante poco conocidos, se concibe el interés que adquieren para nosotros las indicaciones que nos ha dejado. Nicéron ha coleccionado á los infinitamente pequeños: éstos le deben mucho.

Interrogadle acerca de Molière y os dirá poca cosa; lo que ya sabéis, que de las treinta comedias sólo veintitrés fueron impresas en vida del autor y las siete últimas en 1683; que Denys Thierry publicó todas las obras de Molière en 8 tomos en 12°; que el poema del Val-de-Grâce fué impreso primero en, París, en 1669 en 4°; que la edición en 6 tomos

en 4° de 1734 es más completa; que Grimarest y el Sr. de La Serre han escrito la vida de Molière. Y esto es todo. Ni una palabra acerca de la bibliografía molieresca, únicamente una pequeña página sobre un asunto que ha dado tela á Paul Lacroix para dos tomos en 8°.

No hay que consultarlo tampoco acerca de Bossuet y de Fenelon; sólo les concede algunas líneas; pero escojamos un autor menos célebre, Sinforiano Champier, por ejemplo, que ocupa por sí solo cuarenta páginas, así como todos sus colegas en modestia.

No temamos buscar personalidades más ignoradas aún: siempre las encontraremos. Figurémonos una biblioteca cuyo catálogo fueran las *Memorias* de Nicéron. Constituirían su principal fondo los libros raros, olvidados y empolvados. Nicéron emprendió su tarea por el lado más pequeño, por los detalles minúsculos y minuciosos, y por esto ha merecido el agradecimiento de los biógrafos que le siguieron. No podemos alabar demasiado la obra del P. Nicéron. Era grande, demasiado grande si consideramos los medios de ejecución de que disponía. Sucumbió bajo el peso. Amontonó libros y, sin embargo, sus cuarenta y tres tomos resultan incompletos é insuficientes. Pero hay que agradecerle lo que nos ha dejado, pues lo ha salvado del olvido.

El abate Goujet, uno de los amigos del P. Nicéron, escribió su elogio y le asignó un puesto en su *Biblioteca francesa*.

Antes de hablar de esta nueva obra diremos algunas palabras de la vida de su autor:

Nacido en 1697 en la parroquia de Saint-Jacques-de-la-Boncherie, tuvo una infancia bastante delicada y como su padre, para alejarle del estudio, se negaba á darle libros, tenía el pobre muchacho que esconderse para trabajar en algún rincón á veces desagradable y malsano.

Conservó toda su vida aquella afición al estudio que le hacía vivir metido en sus libros, lejos del mundo donde no debía brillar mucho si damos crédito al siguiente madrigal de una señorita á quien acababa de invitar al baile: « ¡Ay, caballero, desempeña usted un papel que no le es natural; no está usted hecho para él. Espero que lo dejará pronto ». Este cumplimento hubiera desconcertado á cualquiera otro; pero Goujet comprendió que la señorita tenía razón; se encomendó á sus oraciones, no volvió á bailar, abandonó una novela de la que ya había escrito cuatrocientas páginas, no volvió á hacer para el Mercurio enigmas ni epigramas, y se lanzó á la filosofía. Salió de ella jansenista. Hay en su vida rasgos hermosos. Así, por ejemplo, le habían solicitado en 1724 para que continuase la *Historia eclesiástica* de Fleury. Asustado en un principio por la empresa, acabó por aceptarla y ya había terminado para dicha obra la historia del Concilio de Constanza, cuando le avisaron que el P. Fabre, del Oratorio, estaba haciendo el mismo trabajo.

Goujet se detuvo é hizo más aún, pues ayudó al P. Fabre y corrigió sus pruebas.

Había compuesto gran número de *Vidas y Elogios*. El catálogo de sus obras que él mismo nos da en sus Memorias, no contiene menos de cien páginas. El trabajo le hacía olvidar y despreciar los ataques de sus enemigos por poderosos que fuesen éstos.

Pero llegó el momento en que el mismo trabajo le fué imposible, pues perdió la vista¹. No pudiendo ya escribir, se vió reducido al triste extremo de vender su biblioteca. Se la compró Bethune Charost sin tener, como en otro tiempo Boileau para Patru, la delicadeza de dejársela hasta su muerte. Al perder sus libros, perdía sus más caros y sus más verdaderos amigos. Aquella cruel separación le fué fatal. Murió el domingo siguiente, 1º de febrero de 1767.

De sus numerosas obras, la única que nos ha quedado es su *Biblioteca francesa*. Argenson le había aconsejado que hiciese una historia literaria conforme con un plan concebido por Chauvelin. Goujet retrocedió. Más tarde, volvió á dicha idea, y á fuerza de pensar en ello se familiarizó con aquella idea grandiosa. La ejecutó en diez y seis años. Nunca le abandonaron la paciencia ni la perseverancia. Se compone su obra de veinte tomos, de los que no han visto la luz los dos últimos. Los publicaba por series de dos tomos con intervalo bastante corto. Cada serie iba precedida de una nueva advertencia y seguida de un índice. Los artículos son sencillas noticias acerca de la vida y las obras de cada escritor. La obra es incompleta y sólo figuran en ella gramáticos, oradores y poetas. Están reunidos por orden cronológico. El plan de Goujet era mucho más vasto:

Pretendo, decía, hablar de las obras que conciernen á todas las ciencias y las artes; mi intención es citar á todos los que merecen ser conocidos.

Goujet no realizó más que una parte de aquel plan gigantesco. Es interesante y gustaron bastante al público los primeros tomos. Se reconoce al hojearlos al erudito y curioso aficionado que poseía la hermosa biblioteca de que nos ha dejado una descripción Bethune-Charost.

Las primeras galerías de aquella biblioteca están consagradas á las traducciones. Dante no está representado más que por *las Rimas francesas* de Baltasar Grangier, publicadas en París en el siglo diez y seis. Petrarca, Boccacio y sobre todo el Taso tienen mejor suerte. Encontramos algunas ediciones raras como los *Cuatrocientos cantos de la Jerusalén de Torcuato Taso*, traducidos en verso francés por Pierre de Brach, señor de La Motte de Montusson, en 1569, ó la *Aminta*, puesta en prosa francesa por G. Belliard en París el mismo año.

1. Esta es la triste suerte de cuantos se dedican al penoso trabajo de los libros. Por la misma época le ocurrió la misma desgracia á nuestro ilustre polígrafo el P. Andrés, uno de los sabios jesuitas expulsados de España. Y también la ceguera le causó la muerte. (N. del T.)

En cuanto á los poetas ingleses, el conocimiento de aquella literatura era demasiado nuevo en Francia para que pudiera mencionar Goujet otra cosa que algunas publicaciones contemporáneas.

Por lo que toca á los poetas ilustres deja Goujet tanto que desear como Nicéron. Este último nos daba por lo menos una corta bibliografía de Molière que ni siquiera encontramos en Goujet. Verdad es que Molière no fué muy apreciado ni conocido durante la primera mitad del siglo diez y ocho, pero verdaderamente el eclipse es aquí demasiado completo. ¿Acaso se apartaba el teatro del plan que se había trazado? Pero ¿tenía la misma excusa para La Fontaine, Boileau y Corneille, á quienes consagra sólo algunas líneas?

La bibliografía de los autores menos conocidos es más completa y encontramos en ella indicaciones acerca de infinidad de libros curiosos y poco conocidos¹.

¿Es tan completa su colección como la de Nicéron? En general, para cualquier punto determinado, es más pobre Goujet que su predecesor. Pero ha llevado la ciencia bibliográfica más lejos y por un camino más seguro que el P. Nicéron. Menos prolijo acerca de cada uno de los autores que cita, procede con método y adopta el orden cronológico que es un orden lógico. Á la abundancia enmarañada de su predecesor substituye explicaciones claras y metódicas. Nicéron había producido una obra fuerte y vigorosa, pero informe aún. Es superior á Goujet por la riqueza de las informaciones; más completo que su sucesor, nos es de mayor utilidad. Pero si Nicéron ha sido más útil á los sabios, Goujet ha sido más útil á las ciencias, y á Goujet deben agradecimiento cuantos se interesan en la bibliografía, en su historia y en sus progresos.

No fué perdido su ejemplo para sus sucesores que, perfeccionando sin cesar su método, prepararon el terreno á los bibliógrafos de nuestro siglo y, desde los trabajos de Rebude (1755), Debure, Losmont (1768) ó Dessessarts (1799) y Peignot (1800), hasta los fuertes estudios de Laire, de Petit-Pradel ó de Bailly, encontramos los efectos de aquel vigoroso impulso que nunca se perdió y que tanto nos ha aprovechado².

1. Tanto la bibliografía de Nicéron como la de Goujet abundan en datos interesantes sobre autores españoles y sobre todo acerca de obras españolas impresas en Francia. (N. del T.)

2. Entre nosotros, en cambio, desde las grandezas de Nicolás Antonio, vinimos á caer en la decadencia más completa. En el siglo xviii, si se hizo algo, debido en parte á Gallardo, quedó en su mayor parte inédito. En los tiempos modernos, después de la incompleta bibliografía de Hidalgo, se han iniciado y llevado á cabo trabajos laudables en este género y parece que no nos quedaremos tan rezagados. Es triste, como dijo la Academia en su primera edición del Diccionario, que « tengamos la gloria de haber sido los primeros y la vergüenza de no haber sido los mejores ». (N. del T.)